



Valenciana

ISSN: 2007-2538

revistavalenciana@gmail.com

Universidad de Guanajuato

México

Espitia Vázquez, Margarita

El intelectual y el poder: importancia de Paz y de Taller para la conformación de la tradición letrada mexicana

Valenciana, núm. 4, julio-diciembre, 2009, pp. 131-160

Universidad de Guanajuato

Guanajuato, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=360348270007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# El intelectual y el poder: importancia de Paz y de *Taller* para la conformación de la tradición letrada mexicana

Margarita Espitia Vázquez  
Universidad de Guanajuato

*[...] a través de siglos enteros la poesía ha sido el hermoso parásito de los árboles que dan sombra a la vida política y económica.*

Levin L. Schücking

*[...] los enemigos de la poesía no están entre quienes la profesan o resguardan, sino en la falta de concordancia del poeta. De ahí que ningún poeta tenga más enemigo esencial que su propia incapacidad para entenderse con los más ignorados y explotados de sus contemporáneos; y esto rige para todas las épocas y para todas las tierras.*

Pablo Neruda

## Resumen

El presente trabajo investiga la importancia de la revista *Taller* para el desarrollo de una elite intelectual mexicana. Especial importancia se da a la figura de Octavio Paz dentro de este contexto, así como a la interrelación entre el fenómeno literario de la época y sus antecedentes y condicionantes históricos y sociales: nacionalismo a raíz de la revolución mexicana.

Palabras clave: intelectual, poder, relaciones, Octavio Paz, *Taller*.

### Abstract

This work investigates the importance of the *Taller* magazine in the development of a mexican intellectual elite. The figure of Octavio Paz has special importance in this context, as well as the interrelation between the literary phenomenon of the time and its historical and social antecedents and determining factors: the nationalism caused by the mexican revolution.

Keywords: intellectual, power, relations, Octavio Paz, *Taller*.

Revisando la literatura mexicana encontramos que las revistas y los suplementos culturales han sido de gran importancia para proyectar a los jóvenes escritores. Caso particular el de la revista *Taller*, que edificó parte de la industria cultural-literaria sobre las bases que ya había puesto el Ateneo de la Juventud, y de la cual surgieron algunos de los grandes escritores que marcaron el siglo XX en México, como Octavio Paz y Efraín Huerta.

La historia de esta revista en particular muestra una realidad que pocas veces se aborda abiertamente entre los círculos literarios: la relación que tiene el intelectual con el poder, pues como se nos ha enseñado a percibir a la literatura y a los intelectuales como figuras casi sacras es difícil bajarlos del pedestal y ver lo que en realidad son: una institución cuyos miembros forman parte del sistema social en donde ejercen ciertas relaciones de poder para mantener sus privilegios gracias a la mitificación que ellos mismos se crean. Este tema es el que da vida al presente ensayo.

La relación que establece el intelectual con el poder nos permite ver el impacto que tuvieron, tienen y seguirán teniendo la opinión

y las alianzas que éstos mantienen para la conformación de núcleos de poder en la sociedad y la tradición literaria en México. Los intelectuales, como afirma Ángel Rama, “no sólo sirven al poder sino que también son dueños de un poder [que] puede embargarlos hasta hacerles perder la vista de su eficiencia [...]” (69); de ahí que sea de gran importancia la manera en que esta relación ha afectado el ámbito literario (por la censura o publicaciones de los escritores dependiendo de su filiación con los gobiernos en turno; la creación de grupos o generaciones) y el social en México (la invención de cánones literarios). Pero ¿cómo se ha ido edificando la figura del intelectual en una tradición literaria como la nuestra? y ¿qué importancia tuvo Octavio Paz en la revista *Taller* para la conformación de esta imagen?

Los objetivos de este trabajo serán: por un lado, presentar los vínculos de poder que se dieron antes de y en la historia de la revista *Taller*, así como entre sus intelectuales para la aparición de nuevos escritores y publicaciones literarias en México; y por el otro, paulatinamente ir mostrando y desmitificando la figura que se ha creado del intelectual en una sociedad como la mexicana. Para esto se utilizará una metodología histórico-comparativa, teniendo como base el estudio y análisis de la revista *Taller* (principalmente de sus contenidos), así como de la figura los escritores que participaron en ella.

### Conformación de la ciudad letrada: institucionalización de las letras en México

Comenzar a indagar en la vida cultural en México para los motivos de este trabajo resulta bastante complicado, pues uno se va encontrando con que no hay mucho material de dónde sacar información acerca de las revistas o suplementos culturales debido a la poca vida y difusión que llegaron a tener, o simplemente por las versiones bastante parciales de los propios escritores que participaron en ellas —los cuales aparecen en las antologías de literatura mexicana— sobre lo

que ocurría en el núcleo de las academias, talleres o grupos donde se hacían estas revistas.

La historia de la revista *Taller* no es la excepción, aunque le agrega un inconveniente especial a nuestra investigación: la presencia de Octavio Paz. La importancia que tiene este escritor en las letras mexicanas hace que gran parte de los estudios hechos sobre *Taller* hablen mayormente de él, dando pocos datos acerca de los demás escritores y del contenido mismo de los textos que aparecieron en ella. Es por ello que para entender la relevancia de esta publicación dentro de la institucionalización de las letras mexicanas en la segunda mitad del siglo XX (y que llega hasta nuestros días) es necesario revisar el contexto histórico de México a principios del siglo en cuestión.

“[...] el siglo XX (o sea, la posibilidad de acceder en tanto sociedad —todo lo precariamente que se quiera y con las connotaciones clasicistas del término “sociedad” en nuestro medio— al espíritu y a la vida modernos, tal y como se registra la modernidad en y desde los centros imperiales del poder) se inicia en 1910 con la Revolución mexicana” (Monsiváis, 1994: 1377), y no es coincidencia que se tome esta fecha y este acontecimiento para empezar a hablar de la vida cultural en México; pues la Revolución ha sido el gran suceso que ha marcado a nuestra historia nacional, no sólo por el impacto social que significó el derrocamiento del gran representante del poder de aquellos años, don Porfirio Díaz; también porque este movimiento social fue el pretexto para que los nuevos gobiernos y los intelectuales comenzaran a trabajar en la conformación de la “identidad nacional” de un pueblo que hasta esos momentos no sentía una filiación común dentro de una misma ideología. Por ello, en esta época el intelectual empieza a tener un peso importante en la escena histórica de nuestro país y comienza a generar su proceso de “independización” (cierta autonomía que no desapego) del poder político para crear sus propias instituciones.

## Desprecio por lo nacional

A partir del porfiriato podemos ver —más claramente que en otras épocas— un fenómeno muy particular que se seguirá dando hasta hoy en día en las letras mexicanas: el desprecio o menosprecio por *lo nacional*. La europeización en el periodo de la Colonia y el afrancesamiento de la época de Díaz muestran la necesidad de reconocimiento que las culturas conquistadas, como la nuestra, buscan de los conquistadores, pues: “Los intelectuales del porfirismo veían en la cultura occidental a la fuente y razón de ser de su legitimidad [...]” (Monsiváis, 1994: 1379). Esta idea será uno de los legados de la tradición para las posteriores generaciones de escritores en menor o mayor grado: vemos sus rastros en el Modernismo, un poco en el Ateneo y claramente en los Contemporáneos. Estos últimos encargados de traer las vanguardias al país, así como de buscar enriquecer al “raquítrico” medio intelectual de su época con tendencias estilísticas de las revistas y publicaciones europeas que leen, oponiéndose abiertamente a la tradición nacionalista gestada en sus tiempos. La obstinación de estos grupos por hacer un “arte por el arte” y preocupación por un nuevo esteticismo tienen gran repercusión en movimientos artísticos e ideológicos, como el Estridentismo, y en las letras de la segunda mitad del siglo XX en general.

En los escritores de *Taller* también podemos encontrar rastros de esa tradición (que les toca recoger y mantener por ser directamente influenciados por los Contemporáneos, debido a la convivencia con algunos de ellos), pues entre otras cosas este grupo muestra una fuerte recepción de las ideas del Romanticismo alemán y francés, de la corriente surrealista, así como de varios poetas y narradores europeos (D. H. Lawrence y Rimbaud, por ejemplo); además de la idea de búsqueda de un arte nuevo y de una tradición artística renovada.

Durante esta etapa pre-revolucionaria ya aparecen algunos indicios de los grupos que conformarán más tarde *la ciudad letrada*,<sup>1</sup> aquella que los intelectuales irán edificando en las ciudades “[...] para llevar el sistema ordenado de la monarquía, para facilitar la jerarquización y concentración del poder, para cumplir su misión civilizada [...]” (Rama, 2009: 59) —como afirma Rama que ocurre en todo el continente, pero que en México también se vislumbra—. En estos núcleos geográficos comandados por las altas elites de poder político y económico fue donde “resultó indispensable que las ciudades [...] dispusieran de un grupo social especializado, al cual recomendar esos cometidos” (Rama, 2009: 59). La vida citadina se oponía a la del campo, el cual representaba a la “barbarie”, lugar donde abundaba la pobreza y el analfabetismo entre los campesinos (estos últimos relegados de las letras pues se pensaba que no tenían la capacidad de apreciar, producir o inspirar el arte).

### Búsqueda y exaltación de lo nacional

Contrario al afrancesamiento del porfiriato, el movimiento ideológico traído por la revolución provoca que los centros intelectuales y gubernamentales volteen a ver al pueblo después de la indiferencia mostrada hacia él en años anteriores. Con una guerra hecha por campesinos en su mayoría analfabetas era prácticamente imposible no reconocer las carencias y diferencias ideológicas manifestadas en los sectores más pobres de la sociedad mexicana. De ahí que durante y después de la lucha armada emergieran expresiones artísticas donde

<sup>1</sup> Término con el que Ángel Rama designa a la tradición letrada de América Latina en general, pero que nosotros utilizaremos para referirnos a la institución letrada mexicana.

se cultivó una estética del pasado indígena y de la vida rural, así como el protagonismo del pueblo mexicano reflejado en sus historias.<sup>2</sup>

Si bien es cierto que ya habían aparecido rastros de *lo mexicano* en la literatura; no fue sino hasta que los grandes núcleos de poder político aprobaron estas manifestaciones artísticas y promovieron su cultivo, cuando realmente los intelectuales comenzaron a interesarse por estas temáticas. Un suceso de gran importancia que propició el acercamiento de las elites poderosas con el pueblo fue la Revolución mexicana, la cual sirvió para la conformación de una ideología y un sentimiento de pertenencia nacional en todos los mexicanos. En esta época el gobierno (en su mayor parte conformado de esos campesinos que pelearon) echó mano de todo el conocimiento y habilidades de los letrados<sup>3</sup> subiéndolos a los nichos gubernamentales más importantes de aquella época para lograr el progreso del país a través de *la unidad nacional*.

Aunque resulte un tanto paradójico, es precisamente alrededor de esta época de lucha donde se registra un impulso importante a

<sup>2</sup> Tal es el caso de *Los de abajo*, escrita por Mariano Azuela, con la que se funda el género más importante de las letras mexicanas: el de la novela de la revolución (pese a que tuvieron que pasar muchos años desde su publicación, en 1915, para que fuera reconocida dentro del canon literario, hasta que en 1924 Julio Jiménez Rueda la reclama como literatura “viril”. Ver: Dessau, Adalbert, *La novela de la Revolución mexicana*, México, FCE, 1972).

<sup>3</sup> Es importante señalar que no siempre el oficio de artista o de intelectual (en este caso, de escritor) fue bien vista por los núcleos de poder formados entre las clases adineradas; pues en un primer momento se considera un oficio degradante prohibido entre las familias de abolengo, aunque poco a poco se va integrando y reconociendo a la labor intelectual en la sociedad. Ver L. Schücking, Levin “El desplazamiento de la posición sociológica del artista”, en *El gusto literario* (1950). (Aunque este análisis sociológico se enfoca a la tradición letrada europea, también podemos utilizarlo para estudiar a las letras mexicanas). Cfr., con la figura que describe Rama del *homme de lettres* en su capítulo “La ciudad escrituraria”, en *La ciudad letrada*.



la cultura de nuestro país: empiezan a despuntar los grandes pensadores, escritores y teóricos de las letras mexicanas (los miembros del Ateneo de la Juventud en 1909, así como la generación del 15 y la del 25); hay un auge en la creación y publicación de revistas y suplementos culturales (que se enfocaban al arte o a la crítica política); y se registra una fuerte lucha contra el analfabetismo, principalmente después de las guerras revolucionarias. Estos acontecimientos, por un lado, muestran un amplio avance en la cultura mexicana; pero, por el otro, también representan a esa *ciudad letrada* en construcción, donde la figura de José Vasconcelos juega un papel importante.

Vasconcelos recoge toda la tradición nacionalista que Ignacio Manuel Altamirano, Gabino Barreda y Justo Sierra forjaron a lo largo del siglo XIX (todos ellos habían actuado desde los ámbitos políticos más importantes de su momento: siendo secretarios de algún sector gubernamental o consejeros políticos); la cual tiene como característica principal la fe en la educación vislumbrada como una muralla contra el primitivismo.

Debido a la necesidad que mostraron los políticos del oficio y la retórica de los letrados, el intelectual comienza a escalonar posiciones dentro de las esferas de poder, fungiendo como siervos de los gobiernos en turno y teniendo la tarea de la creación de la ideología mexicana o de *lo mexicano* partiendo del sentimiento unificador que dejó la Revolución. El periodo vasconcelista en particular, afirma Monsiváis, trae consigo un gran avance en la educación: desde la alfabetización de todos los estratos sociales, principalmente rurales, hasta la creación de escuelas y universidades en todo el país; así también aparece un gran movimiento ideológico que busca rescatar el pasado indígena y a los guerreros revolucionarios para mitificarlos.

Pese a la importancia de todo el esfuerzo educativo punteado por Vasconcelos durante el gobierno de Obregón, habrá que señalar que no fue del todo una apertura de la *ciudad letrada* para todo el que

supiera leer y escribir; más bien, se buscaba una regeneración del país por medio de la cultura, pues se apelaba a *lo nacional* porque la Primera Guerra Mundial había dejado a México sin fuentes de sustento cultural como lo eran las europeas en ese tiempo. La cultura y el arte eran medios por los cuales se llevaría al país a la modernidad, de ahí que se viera a la educación más como actividad de evangelización rural, que como un medio de buscar una homogeneidad ideológica,<sup>4</sup> pues las elites de poder nunca dejaron de lado sus privilegios ni los repartieron equitativamente al pueblo (principalmente los intelectuales buscando el mecenazgo de los grupos de poder político para llevar a cabo su labor escrituraria).

Pese a que hubo una gran apertura de escuelas por todo el país, el conocimiento total de los signos (lingüísticos) no fue llevado de lleno al pueblo. Este proceso fue mediado principalmente por las academias y por la figura del maestro, es decir, del intelectual que se puso al frente de las instituciones escolares (universidades y las escuelas) para “transmitir” ese saber; pero también, es en estos recintos donde el gobierno puede, como dice Michel Foucault, crear medios de coerción para encauzar la conducta de los individuos, aparatos para vigilar y tener un control del pueblo. (2008: 175-198). El saber que recibía el pueblo no era el que poseía el intelectual pues su conocimiento de los signos es la principal fuente de filiación que tiene con el poder, con el *poder-decir* las cosas que todo el mundo sabe pero que solamente avaladas por una institución escolar adquieren la relevancia necesaria.

Del problema del saber se desprenden dos características importantes que configuran la imagen del intelectual: su capacidad para decir las cosas de manera especial (liga de la actividad poética a la divinidad de la inspiración, en el sentido romántico del término), y

<sup>4</sup> Las lenguas indígenas se debían eliminar en beneficio del aprendizaje del idioma español, por ejemplo.

su cercanía con la docencia (pues en la *ciudad letrada* se privilegia el saber transmitido a través de las instituciones que ella misma crea), actividad que regula el tipo de conocimiento entre los individuos.

La institucionalización del saber trae consigo una toma de conciencia del intelectual por su oficio. En ella se apela principalmente por un profesionalismo en las letras, privilegiando la técnica (en oposición a la improvisación) y la necesidad de conformar un público que pudiera leerlos y comprenderlos. Aquí aparecen los rasgos que dejó el pensamiento del Ateneo “[...] el primer centro libre de cultura [...] (organizado) para dar forma social a una nueva era de pensamiento[...]” (Monsiváis, 1994: 1395), donde se buscaba “[...] crear una institución para el cultivo del saber nuevo[...]” (Monsiváis, 1994: 1395).

Desde 1906, intelectuales como Alfonso Reyes, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y Vasconcelos, ya empezaban a hacer labor literaria (leyendo algunos textos clásicos y después analizándolos entre ellos), pero fue hasta el 28 de octubre de 1909 que fundaron el Ateneo de la Juventud (un grupo bastante heterogéneo), al cual se anexan varios escritores más como Julio Torri, Enrique González Martínez, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Martín Luis Guzmán, entre otros, con el objetivo de la “rehabilitación del pensamiento de la raza” (Monsiváis, 1994: 1392).

Este grupo buscaba impactar no sólo a las esferas del poder político sino también las del social (es decir, el reconocimiento de su labor por todos), pues se guían bajo la premisa de que la revolución ideológica que le hacía falta al país estaba en manos de los jóvenes y de los intelectuales. Esta idea es bien aceptada por el gobierno, quien como “[...] sistema político y social vencedor de la Revolución [precisó] una legitimidad intelectual” (Monsiváis, 1994: 1397), la cual encontró entre los ateneistas. Éstos comenzaron a restringir el acceso a *la ciudad letrada* que ya se iba edificando en ese entonces bajo un

despotismo ilustrado, llevando a cabo “[...] la glorificación del artista y del intelectual como seres privilegiados[...]” (Monsiváis, 1994: 1402), como “torres de Dios, poetas, pararrayos celestes” (Monsiváis, 1994: 1402), según decía Rubén Darío. Esta mitificación alcanzará a los integrantes de *Taller*, quienes, como seres casi divinos, andan en busca de la palabra adánica.

No obstante lo anterior, también habrá que reconocer la renovación que hacen los ateneistas en la cultura del país de esta etapa histórica con su dedicación al perfeccionamiento y conformación de las letras mexicanas; pese a que el objetivo de este trabajo sea mostrar un lado diferente de la labor —que todos conocemos— de estos intelectuales.

Por su parte, la Generación del 15 vive dos realidades encontradas en el ámbito cultural: por un lado, hay un gran auge en la actividad literaria (aparecen los novelistas inexpertos que participan en la revolución y cuentan sus experiencias bélicas), y por el otro, la elite económica e intelectual reconoce su desapego espiritual y pretende oponer su refinamiento a la brutalidad de la realidad revolucionaria. Esta última reclama el poder de mando (gubernamental) que le fue arrebatado por personas menos aptas, los caudillos de la revolución, e intentan mantener la vieja tradición artística en medio de la lucha armada.

Para la década de 1930, con el socialismo como ideología dominante en México, el problema del *nacionalismo* parece estar resuelto gracias a la pintura mural que enaltecía al indígena, al campesino y al obrero; así como una literatura influenciada por el *realismo social* que buscaba hacer una labor social al reflejar la realidad entre sus páginas, y por toda la importancia del tema de la revolución en las novelas. Debido al auge que se les da en la cultura a las manifestaciones ideológicas sociales, a los intelectuales se les exigía decidir de forma

abierta una afiliación ideológica o un compromiso con la sociedad para ser bien vistos entre las elites de poder.

No obstante que en esta época las críticas a la “Torre de marfil” de los intelectuales y a su innecesario resguardo de “los signos” dentro de su *ciudad letrada* abundaban (pues se creía que el conocimiento de las letras-signos debía ser —utópicamente— parte del bagaje del pueblo), la actitud de los hombres de letras no cambió mucho. Aquí podemos ver una característica importante de *la ciudad letrada*: su adaptabilidad a las necesidades sociales que se le vayan presentando en el transcurso del tiempo, no importa que pierda un poco de exclusividad en determinado momento al engrandecerse, ella siempre tendrá asegurada su supervivencia gracias a la necesidad del hombre de obtener poder y de crear grupos o instituciones donde pueda ejercerlo y distribuirlo: las escuelas (exaltando el saber académico), las revistas y suplementos literarios que tuvieron gran apogeo por esos tiempos, y los grupos literarios que comenzaron a crear rivalidades o afiliaciones entre ellos, pero que ya se reconocían como una elite que gozaba de cierto poder y privilegios sociales. De ahí el surgimiento de la generación de *Taller* como receptora de esa tradición de las letras mexicanas: el amor por los modelos artísticos europeos, por un lado, y la inquietud de empezar a crear formas literarias nacionales nuevas, por el otro.

### La generación de *Taller*: conformación de una importante elite de poder

Para entender la relevancia de la revista *Taller* en las letras mexicanas (respaldados por el recuento histórico que hicimos) habrá primero que decir dos cosas: que pese al poco tiempo que estuvo en circulación (1936-1941) y a los pocos lectores que al parecer tuvo, es notable que entre sus filas de escritores y colaboradores haya tenido a figuras de gran renombre como Xavier Villaurrutia, José Revueltas,

Carlos Pellicer y Alfonso Reyes (sin contar a la cuadrilla de españoles exiliados que publicaron en ella a partir de su cuarto número); y que fue el núcleo de donde salió el intelectual más importante e influyente que México ha tenido: Octavio Paz, quien —años después de su participación en la revista— se convertiría en el paradigma de las letras mexicanas al conjuntar no sólo talento, sino también el suficiente poder (exaltado, en parte, gracias al reconocimiento internacional que logró para las letras mexicanas cuando ganó el premio Nobel<sup>6</sup> de literatura en 1990) para ser el “papá” de la vida literaria en nuestro país hasta el día de su muerte.

La revista *Taller* aparece en diciembre de 1938, teniendo como antecedentes a *Barandal* (1931-1932), *Cuadernos del Valle de México* (1933-1934) y *Taller Poético* (1936-1938, con la que se fusiona). En esta publicación se dieron a conocer varios jóvenes escritores y artistas bajo la dirección de Rafael Solana, en un primer momento: Octavio Paz, Efraín Huerta, Rafael Vega Albela, Alberto Quintero Álvarez, Neftalí Beltrán, Enrique Gabriel Guerrero, Carmen Toscano, Mauricio Gómez Mayorga, Manuel Lerín, Vicente Magdaleno y muchos otros que se fueron anexando al grupo a lo largo de los 12 números que duró la revista (termina en 1941 con una fuerte influencia española).

Este grupo de intelectuales parece ser uno de los más importantes de las letras mexicanas, después de los Contemporáneos, pues procuró la conjunción de escritores españoles, hispanoamericanos y mexicanos de varias generaciones, además de que una de sus principales tareas fue traducir a varios poetas europeos.

<sup>6</sup> La importancia del premio Nobel logrado por Paz reside no sólo en la proyección que le otorgó al escritor a nivel mundial, también porque la institución letrada mexicana logró el reconocimiento de la universalidad de sus textos: “[...] los escritores del mundo entero lo aceptan como un certificado de universalidad y, por ello, tienen en común reconocerlo como la consagración más alta del universo literario”, según dice Pascele Casanova en *La República mundial de las Letras* (2001: 197).

“Amor, revolución y poesía”<sup>7</sup> no sólo eran tres ardientes sinónimos entre sus colaboradores, también representan la síntesis de la tradición mexicana que ellos recogieron y su clara afiliación al pensamiento romántico. Como afirma Octavio Paz en el ensayo “Poesía mexicana moderna” (1957: 72-75): *la poesía* era un ejercicio espiritual, algo que tiene que ser vivido. Ésta junto con el *amor* se vislumbraban como una tentativa de recobrar al hombre adánico y a la palabra original, pues eran una experiencia capaz de sacudir los cimientos del ser para llevarlo hacia la otra orilla, ahí donde pactan los contrarios. Pese a formar parte del gobierno de Cárdenas y vivir el auge del realismo social, ellos no querían comprometer su arte (obra) con alguna ideología política (no obstante que José Revueltas y Efraín Huerta militaban en el partido comunista); la palabra *revolución* era utilizada como parte misma del acto poético que, si bien apuntaba más a una búsqueda estilística o sentimental, también visualizaba a la juventud con la doble consigna de cambiar al hombre y a la sociedad (y sin lugar a dudas, también aludía al acontecimiento más importante de la historia de la nación, la Revolución mexicana, aunque se afiliara a ella sólo por el nombre).

La manera en que definieron estas palabras deja ver el fuerte impacto que tuvieron los presupuestos románticos entre estos escritores: la búsqueda de la palabra original y la exaltación de las pasiones, por ejemplo; pero también muestran gran ímpetu por la creación propia (demandando una tradición cultural y estética nuevas), pese a tener

<sup>7</sup> Cabe mencionar que pese a citar declaraciones de los escritores hechas tiempo después de su estancia en la revista *Taller*, hemos constatado su rechazo a la literatura ideológica, así como la gran influencia de las tendencias que Octavio Paz menciona en el ensayo que se toma como parte del manifiesto generacional de la revista, el cual recoge varias ideas que plasma dentro de un texto que aparece en el número 2 de *Taller*, intitulado “Razón de ser. (Disertación sobre las generaciones de Ortega y Gasset)”.

claras influencias de escritores extranjeros, no sólo europeos (Novalis, Blake y Rimbaud), sino también hispanos (Cernuda, Larrea, Neruda, Prados, Lorca, Altolaguirre, Alberti y Aleixandre).

La síntesis lograda por todas estas influencias permitió que algunos miembros de esta generación se convirtieran —a nuestro ver— en los depositarios del poder que los intelectuales (como Alfonso Reyes) mexicanos habían resguardado dentro de *la ciudad letrada* hasta ese momento y por ende, se convirtieran en *importantes e influyentes personalidades*<sup>8</sup> de gran peso literario y político durante el siglo XX.

Sin embargo, en éste como en todos los núcleos donde se concentra algún tipo de poder, las jerarquías y el ordenamiento de sus miembros juegan un papel primordial para la conformación de las instituciones.

### Nacimiento de las relaciones de poder: la importancia del orden y del saber dentro de la ciudad letrada

El primer suceso importante que deja ver las nacientes relaciones de poder dentro de la revista es el cambio de director en la publicación a partir del cuarto número, cuando Rafael Solana cede la estafeta a Octavio Paz.

Pese a que Solana fue quien tuvo la idea de hacerla y costeoó los gastos del primer número, Octavio Paz, uno de sus dos colaboradores, “[...] desde el primer momento asumió la dirección efectiva [...]” (Solana, 1963: 197) de la revista aunque también aparecen como responsables (aparte de Paz) Efraín Huerta y Alberto Quintero Álvarez.

<sup>8</sup> Es importante señalar que no fue la única generación de principios de siglo que tiempo después cobró gran influencia y logró consagrarse, también aparecen muchos de la generación de Contemporáneos, del Ateneo de la Juventud y de la Generación de 1915.



Con la limitación de no tener fuentes además de los discursos *a posteriori* de los propios colaboradores de la revista; podemos arriesgarnos a afirmar (con base en un estudio y revisión previa de los 12 números) que el posicionamiento de Paz al frente de la publicación a tan pocos números de haber salido bajo la dirección de Solana se debe principalmente al talento que desde sus primeras participaciones mostró (por ejemplo, en el número tres de *Taller Poético* ya figura con dos ensayos y unos poemas) y por otro lado, debido a las relaciones que fue adquiriendo con los escritores ya consagrados de la época. Pero lejos de la inocente relación de orden que se estableció en el grupo de escritores, la jerarquización de los miembros resulta de gran importancia para la conformación de un núcleo de poder.

La relación del poder con el orden (palabra que implica el acomodo y la acción de ordenar), coinciden pensadores como Elias Canetti, Michel Foucault y Ángel Rama, consiste en hacer evidentes las diferencias que, como individuos, tenemos desde nuestro nacimiento: las más inmediatas, las físicas como el color de piel, de ojos o de cabello; la estatura, la forma de nuestra nariz, etc., pero hay otras menos visibles, como lo son nuestras capacidades cognitivas o intelectuales: “[...] los hombres en tanto individuos son conscientes de tales diferencias, que descargan su peso sobre ellos y los mantiene claramente separados” (1987: 12), afirma Canetti. Esta conciencia es la que nos hace crear distancias entre los individuos, pues unos somos más aptos para hacer ciertas cosas; sin embargo, pese a que nuestras capacidades no son tan importantes en un primer momento, sí determinan el lugar que ocupemos en el ámbito social o laboral donde nos desarrollemos (oficinas, talleres manuales, fábricas, escuelas, instituciones, etc.).

Las diferencias serán un factor determinante para establecer el orden social (primordial instancia donde se ejercen distintos tipos de poder) en el que las capacidades físicas, como la fuerza o resistencia,

serán relegadas frente a nuestras aptitudes cognitivas como el razonamiento o la destreza, por ejemplo. De ahí que no se considere igual de importante el trabajo de un obrero al trabajo de un científico pese a que ambos producen un avance —económico o intelectual— en la sociedad. Las capacidades cognoscitivas serán pues, un punto de partida para el ordenamiento entre los hombres ya que las “jerarquías sólidamente establecidas en todos los ámbitos de la vida impiden el intento de llegar hasta los superiores, de inclinarse hacia los inferiores, a no ser para guardar las apariencias” (Canetti, 1987: 12).

La jerarquía también implicará *dominación*<sup>9</sup> por parte de aquel que tenga el poder, porque se considere (o sea considerado) más apto para ejercerlo dentro de determinado ámbito social. Ahora bien, es necesario aclarar que el problema del orden y la jerarquía es más complicado de lo que pudiera parecer, pues implica una opresión entre uno y otro nivel del orden, es decir, las distancias pueden causar malestar por la misma estrechez para ejercer movimientos. Por ejemplo, cuando una persona llega a tener algún poder, como los intelectuales o los gobernantes, éste se le reduce en tanto se da cuenta de la existencia de otras personas que también pueden influir en sus decisiones (su familia, sus allegados, sus jefes, las editoriales, las otras dependencias del gobierno, etc.). Es por esto que los más poderosos buscan a toda costa mantener su posición o elevarla, con lo cual se vuelven más dictatoriales y represivos cuando peligra su mando.

Buscar mantener una alta posición dentro de la jerarquía también es asegurarse de recibir el menor número de órdenes (si no es que ninguna) entre uno y otro integrante. Las órdenes se convertirán, como afirma Canetti, en agujones de poder; los cuales causan gran malestar en aquellos que los reciben:

<sup>9</sup> En el sentido en que Michel Foucault utiliza este término en *Vigilar y Castigar, el nacimiento de la prisión* (1999).

Toda orden consiste en un *impulso* y un *aguijón*. El impulso fuerza al receptor a la ejecución, a saber, de manera tal como es adecuado al contenido de la orden. El aguijón queda en aquel que ejecuta la orden. Cuando las órdenes funcionan normalmente, como se espera de ellas, del aguijón no se ve nada. [...] Pero el aguijón se hunde hondo en el hombre que ha cumplido una orden y allí se queda inalterablemente (Canetti, 1987: 301).

Ésta es la causa de que la jerarquía esté en constante movimiento, pues sus miembros buscan recibir el menor número de órdenes para ser los supervivientes: “Quien elude órdenes tampoco tiene que almacenarlas. El hombre libre es solamente aquel que ha aprendido a eludir órdenes, y no aquel que sólo después se libera de ellas” (Canetti, 1987: 302).

Con lo anterior no queremos decir que tras del nombramiento de Octavio Paz como director de la revista haya un plan perverso de derrocamiento de jerarquías (porque sería absurdo afirmarlo cuando no tenemos pruebas de que eso haya ocurrido). Lo que queremos hacer ver es que dentro del complejo tema del poder, *el orden-jerarquía* resulta ser un factor importante.

La decisión de cambiar de director trajo consigo que la revista tomara un rumbo diferente al previsto en un principio: de ser un espacio de proyección para jóvenes escritores mexicanos, se convirtió en el “cuarto de hotel” que provisionalmente alojó a muchos de los escritores españoles exiliados por el régimen franquista. Al respecto dice Solana: “Pienso que no fue un acierto el de Octavio Paz al admitir[los], no como invitados, como García Lorca y Moreno Villa habían estado desde el principio, sino como dueños de la casa [...]” (1963: 197); lo cual provocó que se dieran menos espacios a los escritores nacionales y que los españoles acapararan la mayor parte de las páginas de la revista. De aquí se desprende el segundo suceso importante relacionado con la nueva jerarquía dentro de esta publicación: el peso que

la autoridad —y por ende, las decisiones— de Octavio Paz comenzó a tener en las letras mexicanas.

La revista *Taller* tuvo la particularidad de haber contado entre sus filas con intelectuales hechos de cierta fama entre los letrados mexicanos (algunos ya contaban con obras publicadas en diversas editoriales). Pero es de singular curiosidad que sea a partir de la dirección de Octavio Paz cuando se encuentre a una figura como la de Alfonso Reyes figurando entre sus colaboradores.

Con temor a hacer conclusiones demasiado apresuradas o descabelladas, nos atrevemos a afirmar el impacto positivo, claro está, que esta situación le provocó al desenvolvimiento y posicionamiento de Paz entre las letras mexicanas. En primer lugar, porque se sabe, en base a la compilación que hizo Anthony Stanton,<sup>10</sup> que entre Paz y Reyes hubo un extenso intercambio epistolar entre los años 1939-1959, donde ambos se hicieron aportaciones para el mejoramiento de su estilo y comentarios sobre problemas literarios en general. Gregory Zambrano afirma, en una reseña que hace al texto de Stanton:

De 1939 a 1959 se establece entre ambos creadores un contacto estrecho, tal vez, podríamos decir, con reservas, tutelado por el magisterio y prestigio que ejercía Reyes sobre una generación a la que se distanciaba en edad. En el caso de Paz, esta presencia distintiva se desprende de las primeras cartas incorporadas a la colección [...] Vemos en ellas un testimonio de apoyo económico e intelectual con que Reyes generosamente hizo posible la publicación de la revista *Taller* (1938-1941), dirigida por Paz desde su quinta entrega “Este acto de generosidad —señala Stanton— es el acto inicial que marcará el papel y la actitud de Reyes entre el joven poeta: el hombre mayor será su mecenas y su guía” (Zambrano, internet).

<sup>10</sup> Ver: Gregory Zambrano (internet).

Así también el contacto de Reyes con la Casa de España<sup>11</sup> en México facilitó el patrocinio económico de algunos números de la revista.

La cercanía manifestada entre ambos y el talento mostrado por muchos escritores de esta época propició que entre “bombo y platillo” se inaugurara, años después de *Taller, la ciudad letrada* mexicana para recibir no sólo a un grupo importante de escritores que cultivarían el saber y consagrarían las letras en todo el siglo XX, sino también al que recogería de Reyes la estafeta de gran intelectual, Octavio Paz, quien materializará (años más tarde a su participación en *Taller*) las añoranzas de las dos tradiciones que se habían gestado en la conformación de la cultura mexicana: la *antinacionalista* y la *nacionalista*, al lograr el reconocimiento del talento de sus textos a nivel internacional.

Así se comenzó con una institucionalización más formal de la tradición literaria, en la que se buscó impactar el mercado editorial además de con novelas, poemarios o teoría de la literatura, con la publicación de suplementos y revistas culturales: tan sólo después de *Taller* (que ya tenía como antecedente tres revistas), Octavio Paz dirigió y colaboró en *El Hijo pródigo*, *La Revista Mexicana de Literatura* y *Vuelta* a la que sucedió *Letras Libres*, publicación de gran importancia hoy en día. Pero este tema no es el que ahora nos compete.

Pese al tráfico de influencias que se desarrolla en la *ciudad letrada*, no hay que dejar de lado el gran talento manifestado por sus integrantes en esos años (aunque, como más adelante afirmaremos, *el gusto literario* que todos decimos tener está condicionado a muchos factores relacionados con el poder y no sólo con la sensibilidad estética).

El talento para los intelectuales muchas veces está relacionado con la manera en que manejan *el saber* que poseen: *saber-decir* sus experiencias y el *saber-resguardar* sus conocimientos. El primero implica un conocimiento de los signos (principalmente lingüísticos),

<sup>11</sup> Ver Diana Ilizaliturri (internet).

mientras que el segundo apela más al alejamiento que el intelectual mantiene en su “torre de marfil” respecto a los demás seres humanos, pues ellos siempre han trabajado en mitificar su imagen y sus herramientas de trabajo, las palabras, a tal grado de relacionarlas y relacionarse de alguna manera con la divinidad.

El problema del conocimiento conectado con el poder se dispara hacia diversas reflexiones éticas y ontológicas que nos ofrece la filosofía; sin embargo, por cuestiones prácticas para realizar esta investigación dejaremos de lado esas vertientes y nos centraremos en una repercusión importante dentro de la tradición literaria mexicana: *el saber-decir* como experiencia estética restringida a la aprobación de los miembros del grupo literario.

### El poder matar: la gran cualidad del crítico literario

Gran parte del rechazo o alejamiento que sienten las personas comunes respecto al intelectual es provocado por la inutilidad que parece tener su profesión dentro del sistema de trabajo (producción) que hay en la sociedad. Mientras que los artesanos hacen “arte con utilidad”, las creaciones del artista parecen ser meras cosas accesorias dentro del consumismo del hombre: se reconoce la importancia del agricultor para la subsistencia de su comunidad, de un obrero para echar a andar el sistema económico de una nación, hasta de los políticos para organizar y dirigir los grupos sociales en donde convive (o insiste en convivir) el ser humano. Sin embargo, la actividad del intelectual, aquel “[...] que se dedica al pensamiento y al estudio esencialmente de las humanidades y otras ciencias” (Lara, 2007: 517), es tan poco productiva que hace que se le vislumbre (contrario a sus esfuerzos por mitificar su labor) como un parásito social o como un siervo del gobierno.

Ahora bien, bajo este supuesto, el amurallamiento de *la ciudad letrada* mexicana pareciera justificarse debido a la incomprensión o

desconocimiento que las masas populares (o poco instruidas en lo que se refiere a la contemplación del arte) tienen de su labor; sin embargo, no son del todo inocentes, primero porque, como ya dijimos, el alejamiento de las personas es provocado por la divinización de su *labor escrituraria*, como diría Rama y, en segundo lugar, porque el conocimiento y manejo de los signos lo han relegado sólo para ciertos grupos y personas aceptados por la institución.

Dentro de la actividad letrada el crítico se encuentra en la punta de las jerarquías. Su oficio muestra la forma en que la actividad literaria tiene una función importante dentro de la sociedad, es decir, les informa a las demás personas cómo los escritores e intelectuales cultivan y estudian al ser humano con y a través de sus textos. En México las revistas y suplementos culturales constituyen una fuente importante para investigar estas relaciones de poder; pues en ellas se rescata la producción crítica y literaria que nunca fue recogida en las historias de la literatura oficiales y que nos permiten ver la formación del estilo de los escritores y críticos, así como el surgimiento de generaciones de estos artistas y literatos; además de las luchas por el poder que se dan entre estos grupos.

Al crítico se le atribuye pues el poder de “matar”, en el sentido de silenciar para siempre, a aquellos que considere indignos de tener los privilegios que proporciona la escritura. Éste es quien se encontrará en los principales estratos de la jerarquía letrada, pues refleja la figura del “poderoso como superviviente” (Canetti, 1987: 228) —y la supervivencia es un deseo instintivo del hombre—. Él, al hacer teorías para lograr tener una mejor comprensión de lo que se está leyendo (literatura principalmente), al opinar sobre las cualidades o defectos del estilo de algún escritor, o al ejercer el poder de decir lo que le plazca y que todos lo escuchen con atención. Él, pese a ser el más parásito de todos los miembros de *la ciudad letrada* (pues trabaja con las ideas de otras personas), es el que tiene mayores privilegios sobre los demás.

Ser crítico, o sea, el *poder-decir*, también será un deseo del escritor (como ocurre en México donde la actividad crítica de esa época es ejercida, en su mayoría, por los mismos escritores) para no ser silenciado, pues quien habla puede ser escuchado y, por ende, notado por los demás dentro de la jerarquía social e institucional. Podemos ver más claramente este juego de poderes dentro de las generaciones. En ellas sólo sobreviven aquellos que no son callados por alguien más y que de alguna manera siguen haciéndose escuchar gracias a su talento, aunque también gracias a las relaciones que procuran tener con miembros ubicados más arriba dentro de la jerarquía (pensemos en Octavio Paz, Rafael Solana o Villaurrutia durante y después de la revista *Taller*).

El poder del crítico —del escritor como crítico en la tradición mexicana— llega a su máxima expresión cuando sus decisiones de muerte o de vida resultan inapelables. Y cuando lo son, él procura que las voces discrepantes no tengan la suficiente fuerza como para causarle daño. Además se complace con trasladar de la vida a la muerte a quien le parezca. Por ello, es muy importante delimitar bien las jerarquías dentro de las instituciones de poder y más importante aun lograr imponer una figura dictatorial percibida (por los de bajo rango) como inapelable: “Porque realmente sólo está sometido quien se deja matar por él” (Canetti, 1987: 228). Es así como se conforma la tradición literaria: con los que han silenciado a los demás (aunque no siempre sean los más brillantes o talentosos) y aquellos que no fueron silenciados en su intento de pertenecer a *la ciudad letrada*.

### La creación del canon y del gusto literario

El problema del canon y del gusto literario nos lleva a estudiar la literatura no como una actividad que eleve y cultive el espíritu de los hombres; sino como un producto más de las relaciones que se van dando entre los sistemas sociales: el político, el económico, el cultu-



ral, el educativo, etc. Es decir, nos ayuda a entender el gusto literario desde una perspectiva menos romántica y nos permite ver cómo los núcleos de poder son los que deciden por el individuo.

En una tradición literaria como la mexicana donde la labor escrituraria del intelectual se liga directamente al poder político en la medida que éste le provee de recursos, principalmente económicos, para la creación y publicación de su obra (no es raro encontrar que muchas de las revistas mexicanas han sido patrocinadas por el gobierno); se puede observar una implicación de la labor letrada con la manipulación de las ideas que circulan entre los grupos letrados y entre la sociedad misma (las becas de investigación son un medio para tener un conocimiento y control de los temas que se publican e investigan en el ámbito intelectual); como dice Levin L. Schücking —hablando sobre este problema pero dentro de la tradición intelectual europea— “La vida del arte no es tan diferente de la vida comercial como a primera vista parece” (Schücking, 1950: 29). Y es que pareciera de particular relevancia la importancia de los grupos literarios (y de las elites de poder en general) en la conformación del *gusto literario* popular, y no sólo eso, también en la creación y regulación de ideologías.

La creación del sentimiento nacionalista del que hablamos párrafos arriba, muestra el estrecho vínculo que mantuvieron (y aún hoy mantienen) el sector gubernamental y los intelectuales para la conformación de determinadas formas de pensamiento en la sociedad; pese a que digan estos grupos que las letras están más cerca del pueblo, que la educación es la vía para romper las cadenas de la ignorancia y llegar a la libertad que nos provee el conocimiento de la verdad.

La institución escolar parece ser uno de los medios donde se ve más claramente la *formación* del gusto en los individuos. Si bien es cierto, en ella no se encuentran impulsos relevantes para la trans-

formación de los valores artísticos sociales; sí se nota su importancia como guardiana de una tradición (el canon) social específica. También la escuela ejerce un poder sustancial sobre el *poder-actuar* de los individuos, pues como ya lo decían Justo Sierra y Gabino Barreda bajo los presupuestos del positivismo: “Si se educa, se le añade a México la conducta predeterminada de sus miembros, se le defiende a través de la selección previa de respuestas colectivas” (Monsiváis, 1994: 1386). Así, la libertad que nos otorga el conocimiento escolar es sólo virtual, en tanto se nos provee únicamente de fragmentos del saber que la vida otorga. En la escuela, por ejemplo, las disciplinas y los temas son previamente seleccionados y revisados por el maestro o por alguna autoridad institucional, la cual decreta lo que se debe conocer.

El problema del gusto está, pues, fuertemente ligado con lo que permiten que conozcamos ciertas instituciones sociales. Los intelectuales, por ejemplo, crean en las demás personas un *gusto literario* basado en lo que permiten que leamos de aquellos que escriben sobre ciencia o literatura; es decir, se vincula con el *canon* hecho por ellos y se reduce únicamente a las personas conformadoras de *la ciudad letrada* (aunque haya algún escritor “subversivo” que se da a conocer por otros medios, pero que si llega a tener algún tipo de fama o divulgación es en gran medida gracias a que la institución letrada aprobó su obra). Este tipo de manipulación o influencia en los lectores se ejemplifica en el ámbito de las revistas culturales o literarias. En *Taller*, por ejemplo, encontramos que entre sus propios colaboradores se reseñan textos y de eventos culturales (en los cuales participan sus miembros o amigos), elogiándose mutuamente, haciendo propaganda de sus nuevas publicaciones o las de los grupos de escritores con los que tienen contacto cercano, como los exiliados españoles (esta característica resalta en los anuncios que se muestran al principio y al final del contenido de cada número, donde divulgan las nuevas

publicaciones de las editoriales de los integrantes y amigos de *Taller*, como Letras de México, Editorial América, Ediciones Taller, Porrúa, FCE —en esta última escribían algunos de los intelectuales de La Casa de España en México—).

En el primer número —por ejemplo—, en la sección *Bibliográficas* (*Taller*, 1981: 88-91), Efraín Huerta presenta *Tres libros españoles*. Allí reseña *Entre dos fuegos*, libro de Antonio Sánchez Barbudo del cual escribe:

He deseado comenzar estas notas con un bello libro en prosa, debido a uno de los mejores jóvenes españoles de la hora presente, por la sencilla razón de que su lectura me condujo, en ejercicios de muerte y serenidad, hacia lugares que mis pies no han pisado, que desde hace muchísimos meses quisieran pisar [...] (*Taller*, 1981: 88)

En este pequeño párrafo introductorio resaltan adjetivaciones que dejan ver el grado de subjetividad con el que el autor se expresa del texto reseñado, característica que se repite en las siguientes dos reseñas. En *El hombre y el trabajo*, de Arturo Serrano Plaja, dice: “Siempre he pensado que este libro es el que yo esperaba, si no en Arturo, en otro joven poeta español. [...] Doblemente me alegro, por ser un libro ambicioso y porque los temas, amorosamente tratados son universales y en el lenguaje poético toman un gallardo tinte de nobleza [...]” (*Taller*, 1981: 90); mientras que del poemario *Son nombres ignorados*, de Juan Gil-Albert escribe: “Poeta mediterráneo, valenciano, se complace sensualmente, en las palabras hermosas [...] bajo la luz que tan apasionadamente anuncia Juan Gil-Albert” (*Taller*, 1981: 90 y 91).

Lo anterior es sólo una muestra de las relaciones de poder que se van entretejiendo para la formación del gusto entre los individuos. El canon literario será pues el resultado de las relaciones de poder (entre diversas instituciones) que se vayan estableciendo entre los

grupos de intelectuales que logren impactar al individuo para hacerlo consumir sus obras y, por ende, sus ideas en determinada época; conformando así una ideología determinada.

### A manera de conclusión...

En esta, tal vez, cansada, aunque no exhaustiva investigación buscamos mostrar las relaciones de poder que se dan dentro y fuera de los grupos intelectuales mexicanos a principios del siglo XX, con especial atención en la revista *Taller*.

La vida cultural en México se presenta como una enorme red donde las instituciones y los artistas mantienen estrechas vinculaciones que impactan directamente en la ideología de un pueblo que estaba (y aún está) en vías de una simbiosis cultural.

Si bien es cierto que la corta existencia y poca difusión que tienen las revistas culturales dentro de la tradición literaria en México nos hacen ver a estas publicaciones como un medio tangencial para el estudio de la literatura, resulta bastante interesante toda la información que nos brindan acerca de los inicios de algunos escritores y de las tendencias que estuvieron en boga en años pasados; sobre todo para hacer un rastreo social e histórico de la formación estilística de algún escritor o generación, que en nuestro caso sirvió para analizar la figura del intelectual mexicano al inicio del siglo XX.

Al estudiar la figura del intelectual se nos descubre una nueva manera de percibir al fenómeno literario: ya no como una actividad ligada a lo divino, con personas moralmente superiores o artísticamente más agudos. Con esta investigación poco a poco fue desapareciendo el mito del *hombre de letras*, para abrir paso a un ser humano común y corriente ejecutor de una profesión —cuestionable, plausible y criticable— como cualquier otra, dentro del sistema social.

La crítica hacia la figura del intelectual (que muchas veces se vislumbra como un parásito social) va más encaminada a reflexionar

sobre su grado de compromiso con la sociedad y por ende con el hombre, pues se hacen llamar “humanistas” (en el caso de los intelectuales escritores o literatos) y parecieran ser las personas más alejadas del pueblo, de su sentir y sus necesidades. No se les pide que su comportamiento siempre sea de voceros de las necesidades públicas; lo que se les exige es que realmente tengan conciencia de la importancia de su oficio: como modelos para las generaciones venideras —caso de los escritores creadores de talleres literarios o que se inmiscuyen en el área de la docencia— y como creadores de ideologías, pues ellos mismos son los que seleccionan la producción literaria y crítica que gira en el país.

Por el amor al poder dejan de hacer una verdadera labor de crítica y producción literaria. Empiezan a ver a las letras como palanca de ascenso social, a concebir al “[...] lenguaje como un poder con sus rituales” (Karam, 2003: 20). Esta idea ocasiona que privilegien al metalenguaje elaborado por ellos mismos, los discursos apegados a sus reglas; que controlen las becas de investigación en las áreas de humanidades, así como a las publicaciones que sacan las editoriales; distanciándose más y más del individuo común, aquel que siente, como dice Rama, una “[...] admiración indisimulable por la capacidad del intelectual para manejar el instrumento lingüístico [...], por su poder casi mágico para ejercer la escritura y mediante ella componer [un] discurso ideológico justificativo[...].” (Rama, 2009: 251).

## Bibliografía

Avilés Fábila, René, *Octavio Paz: su reinado dividió a la cultura del país*; disponible en <http://recordanzas.blogspot.com/2009/04/octavio-paz-su-reinado-dividio-la.html>

Canetti, Elias, 1987, *Masa y poder*, Barcelona, Alianza.

Cassanova, Pascale, 2001, *La República mundial de las Letras*, trad. Jaime Zulaika, Barcelona, Anagrama.

- Foucault, Michel, 2001, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_, 2005, *El orden del discurso*, trad. Alberto González Troyano, Barcelona, Tusquets.
- \_\_\_\_\_, 2008, *Vigilar y Castigar, el nacimiento de la prisión*, 35ª ed., trad. Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo XXI.
- García, Enrique César y Ramírez Smith, *María Fernanda, Brevisima descripción de la letra impresa en México: literatura, suplementos culturales, revistas y fanzines*; disponible en Libre proyecto de publicación. catarina.udlap.mx/u\_dl\_a/tales/documentos/lco/cesar\_g\_e/capitulo3.pdf
- Ilizaliturri, Diana, “Entrevista con Octavio Paz, Editor de revistas”; disponible en [www.letraslibres.com/index.php?art=5884](http://www.letraslibres.com/index.php?art=5884).
- Karam, Tanius, 2003, “Teoría del poder y medios masivos de comunicación”, en *Paideia*, núm. 4, año 1, vol. 1, pp. 16-20.
- Schücking, Levin. L, 1950, *El gusto literario*, trad. del alemán por Margit Frenk Alatorre, México, FCE.
- Monsiváis, Carlos, 1994, “Notas sobre la cultura mexicana del siglo XX”, en *Historia General de México*, vol. 2, México, El Colegio de México, pp. 1335- 1548.
- Paz, Octavio, 1957, “Poesía mexicana moderna”, en *Las peras del olmo*, México, Imprenta Universitaria, pp. 72-75.
- Rama, Ángel, 2009, *La ciudad letrada*, Barcelona, FINEO.
- Taller*, 1982, vols. 1 y 2, edición facsimilar, México, FCE (Revistas Literarias Mexicanas Modernas).
- Taller Poético 1936- 1938, Poesía 1938*, 1981, edición facsimilar, México, FCE (Revistas Literarias Mexicanas Modernas).
- Solana, Rafael, 1963, “Barandal, Taller poético, Taller, Tierra Nueva”, en *Las Revistas Literarias de México*, México, INBA-Departamento de Literatura, pp. 196-199.

Solano, Patricio Eufraccio. “El hombre y su obra”, en <http://www.ensayistas.org/filosofos/mexico/paz/introd.htm>.

Vidal López-Tormos, Yolanda, *Una aproximación al panorama de las publicaciones periódicas literarias mexicanas (1950-1999)*; disponible en [revis-tas.ucm.es/fil/02104547/articulos/ALHI9595110259A.PDF](http://revis-tas.ucm.es/fil/02104547/articulos/ALHI9595110259A.PDF)

Zambrano, Gregory, “Reseña a Anthony Stanton (ed.) *Alfonso Reyes-Octavio Paz. Correspondencia (1939-1959)*”; disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/602/60249220.pdf>.